

El canario

Katherine Mansfield

...¿Ves aquel clavo grande a la derecha de la puerta principal? Apenas soporto poner mi vista sobre él ni siquiera ahora y sin embargo, sería incapaz de arrancarlo. Debería contentarme pensando que siempre permanecerá ahí, incluso cuando yo no esté. A veces oigo a los vecinos que dicen: «Parece que colgaba una jaula de ahí». Y me hace sentir bien; presiento que no le han olvidado del todo.

...No te imaginas lo bien que cantaba. Su canto no era como el de otros canarios. Y no es que yo lo diga. A menudo, desde la ventana, solía ver gente parada la puerta del jardín para escuchar su canto; o a veces se apoyaban en la verja durante un buen rato, cautivados junto al pitosporo. Supongo que te suena absurdo todo esto (no te lo parecería si le hubieras escuchado cantar), pero estaba convencida de que cantaba canciones completas, todas ellas con su principio y su final.

Por ejemplo, cuando había terminado las tareas del hogar por la tarde y cuando me había cambiado la blusa y traía mis bordados aquí al porche, él solía brincar, brincar, brincar, de un palito a otro, golpeteaba los postes como para llamar la atención, sorbía un trago de agua como pudiera hacerlo un cantante profesional y era entonces cuando rompía a cantar canciones tan exquisitas que no me dejaba más opción que dejar de lado la aguja y la tela para escucharle. No sabría describirlo; ojalá pudiera. Así ocurría todas las tardes y yo era consciente de que entendía todas y cada una de las notas.

...Le quería. ¡Vaya si le quería! Quizás no es tan importante el qué, sino el hecho de haber querido algo en este mundo. Pero a algo hay que querer. Por supuesto que siempre había tenido mi casita y mi jardín, pero por alguna razón nunca fueron suficiente. La respuesta de las flores fue maravillosa, pero no empatizaban. Durante otra época, quise al lucero de la tarde. ¿Acaso parece una tontería? Solía salir al patio tras la puesta de sol y esperaba a que apareciese por encima del oscuro eucalipto. Solía susurrarle: «Ya estás aquí, mi amor» y en ese preciso instante parecía que brillaba solo para mí. Parecía entenderlo... algo similar a la nostalgia pero que no es

la nostalgia. O el arrepentimiento; quizás es más parecido al arrepentimiento. Sin embargo, ¿cuál era la causa de mi arrepentimiento? Tengo mucho por lo que dar gracias.

...Pero después de que él entrase en mi vida olvidé al lucero de la tarde.. Ya no lo necesitaba más. Aún así, resultaba extraño. Cuando aquel día, un señor de ojos rasgados que vendía pájaros cantores tocó a mi puerta, me lo enseñó dentro de su pequeña jaula y en lugar de revolotear, revolotear como hacen los jilgueros, se limitó a ofrecerme un gorjeo casi inaudible, me sorprendí diciendo:

—Ya estás aquí, mi amor —lo mismo que le habría dicho al lucero de la tarde.

Desde entonces, pasó a ser mío.

...Incluso ahora me sorprende recordar como él y yo compartíamos nuestras vidas con el otro. Cuando por la mañana retiraba el paño que cubría la jaula, él me daba los buenos días con una nota minúscula y adormilada. Sabía perfectamente que era su manera de decir «¡Sita! ¡Sita!». Después, solía colgar la jaula del clavo que hay fuera, mientras les preparaba a mis tres hombreritos el desayuno y nunca metía la jaula dentro hasta que no quedaba toda para nosotros dos. Una vez terminada la fregaza, llegaba la hora de entretenerse un rato. Solía desplegar una hoja de periódico en el extremo de la mesa y cuando ponía la jaula encima, de repente él agitaba las alas con desesperación, como si no supiese qué venía después.

—Querido, eres un actor bastante mediocre —es como solía regañarle.

Limpiaba la bandeja, la espolvoreaba con arena limpia, rellenaba los bebederos y los comederos y colocaba entre los barrotes un trocito de álsine y media guindilla. Y estoy perfectamente segura de que él entendía y estimaba todos y cada uno de los instrumentos que utilizaba durante la ceremonia. A primera vista se podía observar que su exquisita pulcritud era algo natural. Nunca encontré ni una sola mancha en los palitos donde reposaba. Y sólo hacía falta verle cómo disfrutaba del baño para darse cuenta de que sentía una verdadera pasión por la higiene. Le colocaba su bañerita en último lugar. Y en el momento en el que la dejaba dentro de la jaula, se abalanzaba sobre ella decididamente. Primero agitaba un ala, luego la otra y más tarde hundía la cabeza y chapoteaba con las plumas del pecho. Así que esparcía agua por toda la cocina, pero con todo, no salía de la bañera. A veces solía decirle: «¡Venga! ¡Ya basta! ¡Deja

de exhibirte!». Y por fin, terminaba el baño de un brinco para después, ponerse a pata coja y con la ayuda del pico, comenzar a secarse. Para acabar, se sacudía, coleteaba, gorjeaba y alzaba el cuello. Ay, no soporto recordarlo. En ese preciso momento limpiaba los cuchillos. Y por un instante, me pareció que los cuchillos también cantaban mientras les sacaba brillo sobre la mesa.

...La compañía, ¿sabes? Es eso a lo que me refiero. En perfecta compañía. Si alguna vez has vivido en soledad, sabrás lo preciada que resulta la presencia de otra persona. Por supuesto que tengo en cuenta a mis tres hombrecitos, que me acompañaban en la cena todas las noches y que a veces se quedaban en el comedor leyendo el periódico. Pero no esperaba que en ningún momento se interesaran por los pequeños detalles que formaban parte de mi día a día. ¿Acaso tenían alguna razón para hacerlo? No era nadie para ellos. De hecho, una noche les escuché hablando de mí como «la Espantapájaros». No pasa nada. No importa. Ni lo más mínimo. Lo entiendo bastante bien. Son jóvenes. ¿Porqué debería importarme? Aunque sí debo reconocer que aquella noche me sentí especialmente afortunada por no estar totalmente sola. Después de que se fueran, recuerdo que le hablé. Le dije: « ¿Sabes cómo llaman a la Sita? » E inclinó la cabeza hacia un lado y dirigió hacia mí su pequeño ojito brillante hasta que no aguanté más y eché a reír. Parecía entretenerle.

...¿Alguna vez has tenido pájaros? Si nunca los has tenido, quizá todo esto te suene exagerado. La gente tiene la idea de que los pájaros carecen de corazón, que son criaturas frías comparadas con los perros o los gatos. Es lo que solía decir la lavandera que venía siempre los lunes. Alguna vez me preguntó porqué no tenía un «Un bonito foxterrier,» «No se encuentra consuelo, señora, en un canario». Falso. Absolutamente falso. Recuerdo una noche. Tuve un sueño horrible (algunos sueños pueden llegar a ser absolutamente crueles), tanto que incluso después de despertar no conseguí sobreponerme. Así que me puse el albornoz y bajé a la cocina a por un vaso de agua. Era una noche de invierno y llovía a cántaros. Supongo que aún estaba medio dormida, pero a través de la ventana de la cocina, desprotegida ante la lluvia, tenía la sensación de que la oscuridad me miraba fijamente, que me espiaba. Y de repente tuve la insoportable sensación de no tener alguien a quien poder decir: «He tenido una pesadilla horrible» o, o «No dejes que la oscuridad me mire» Incluso me tapé la cara durante un momento.

Y entonces salió de la jaula un breve «¿Sí? ¿Sí?» La jaula estaba en la mesa y el paño que la cubría había caído hacia un lado, así que se escapó un resquicio de luz. «¿Sí? ¿Sí?» repitió mi estimado y menudo compañero. Lo cantó de una manera tan dulce que entendí un «¡Aquí, Sita! ¡Aquí!» Aquel consuelo me pareció tan maravilloso que casi rompí a llorar.

...Y ahora ya no está. Nunca tendré otro pájaro, ni ningún otro animal de compañía. ¿Cómo podría? Cuando le encontré, yacía boca arriba, con los ojos empañados y las garras retorcidas, cuando me di cuenta que nunca más escucharía cantar a mi querido, parte de mí se fue con él. Mi corazón se quedó vacío, tal y como estaba su jaula ahora. Lo superaré. Por supuesto. Tengo que hacerlo. No hay herida que el tiempo no cure. Y los demás dicen que mi temperamento es alentador. Y tienen bastante razón. Gracias a Dios, así es.

...Sin embargo, si evitamos el morbo y le cedemos el protagonismo a los recuerdos y demás, tengo que admitir que percibo cierta esencia de tristeza en esta vida. Resulta complicado aclarar qué es exactamente. No me refiero a los pesares que todos conocemos, como la enfermedad, la pobreza o la muerte. No eso sino algo distinto. Está ahí, en lo más profundo, en lo más profundo, forma parte de nuestro ser como el respirar. Jamás cejo en mi propósito de esforzarme y terminar cansada, porque sé que cuando me detenga estará ahí, esperándome. A menudo me pregunto si los demás sienten lo mismo. Nunca se sabe. ¿Pero acaso no resulta maravilloso saber que tras su canto dulce y alegre se encontraba esta ...tristeza? ... Ay, ¿qué es entonces ...lo que escuché?

Extraído de
VVAA, El camino de los cuentos: 2004. Editorial Agua Clara: Alicante.
Todos los derechos reservados.